

Una mirada poulantziana a las elecciones presidenciales y el proceso de paz

Carolina Jiménez

Profesora Departamento de Ciencia Política
Universidad Nacional de Colombia Sede Bogotá

Aaron Tauss

Profesor Departamento de Ciencia Política
Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín

Los resultados de la primera vuelta de la elección presidencial de 2014 han generado un fuerte debate en el país, e incluso en la región latinoamericana, sobre los impactos que podría tener un eventual triunfo del candidato del uribismo. Entre los aspectos más discutidos y problematizados por amplios sectores de la izquierda se destacan: i) una eventual ruptura de los diálogos de paz de La Habana, situación que pondría fin a los avances a que se ha llegado en los temas de tierras, narcotráfico y participación política entre la insurgencia de las FARC-EP y el Gobierno colombiano; ii) la apertura hacia un nuevo ciclo de profundización de la militarización de la vida social y política, así como la acentuación de una estrategia reaccionaria y sanguinaria frente a los movimientos sociales y populares y iii) una reconfiguración de la posición colombiana frente al entorno internacional, la cual bajo el Gobierno de Santos se ha regido por un aparente principio de no intervención, elemento que permitió un cambio en las tensas relaciones

con el Gobierno bolivariano de Hugo Chávez y de Nicolás Maduro y que facilitó un nuevo rol de Colombia en la UNASUR.

La intensidad del debate no obedece a que resultara sorprendente que dos de los cuatro candidatos que representan los intereses de las clases dominantes pasaran a la segunda vuelta. Es más, era previsible que Santos y Zuluaga se disputaran la presidencia: los resultados del 25 de Mayo expresaron el pronosticable triunfo de la derecha colombiana. Lo que realmente prendió las alarmas fue el remonte del casi 4% del candidato de Uribe, expresado en una diferencia de 458.156 votos, frente al candidato-presidente Santos y el no despreciable caudal electoral (15,52%) que logró capitalizar el Partido Conservador, un importante aliado para Zuluaga¹. En este sentido, la intensidad del debate radica en que en la actual coyuntura resulta altamente probable lo que antes no parecía con la misma intensidad, un posible retorno de Uribe al poder bajo la figura de su ex ministro Zuluaga.

Ahora bien, esta situación ha puesto la discusión política en un acotado escenario de análisis que limita el problema a una falsa dicotomía: entre la paz de Santos y la guerra de Zuluaga. En principio, los dos candidatos buscan lo mismo: dar continuidad a ese modelo de acumulación extractivista-exportador, neoliberal y financierizado, que fue implementado violentamente en Colombia durante las últimas décadas. Por lo tanto, consideramos que las bases fundamentales sobre las que se soporta el modelo son compartidas por los dos candidatos; las diferencias radican más en matices referidos al tipo de mecanismos y dispositivos que se deben privilegiar para la materialización de dicha apuesta.



<http://mujerfariana.co/images/pdf/50-anos-en-fotos-FARC-EP2.pdf>

¹ Las cifras son suministradas por la Registraduría Nacional del Estado Civil en su portal web, http://presidente2014.registraduria.gov.co/99PR1/DPR9999999_L1.htm



Tanto las elecciones presidenciales como los diálogos de paz en La Habana deberían ser analizados en relación con los procesos de extensión y profundización de las relaciones capitalistas de producción a nivel global. Es decir, requieren ser estudiados a partir del reconocimiento de que son procesos que tienen tanto un carácter nacional como internacional. En este sentido, una valoración meramente desde lo “interno” o lo “nacional”, como es la que ha venido hegemonizando el análisis político que acompaña el escenario de la segunda vuelta, resulta a todas luces insuficiente para comprender las negociaciones y el proceso de paz.

¿La paz para la construcción de una “nueva” Colombia?

En una presentación para el Center for Strategic and International Studies (CSIS) en Washington D.C. a finales del año pasado, el actual embajador colombiano en los EE.UU., Luis Carlos Villegas, quien previamente había encabezado la ANDI durante 17 años, dio su visión sobre la paz, la estabilidad y el escenario del postconflicto en Colombia². Según Villegas, quien también formaba parte del equipo negociador original del Gobierno de Santos en La Habana, las negociaciones con la guerrilla hacen parte de un proyecto político más amplio, que tiene como fin la construcción de una “nueva” Colombia. Este proyecto político busca, entre otros elementos, encarrilar el país por las sendas del “desarrollo” a través de la estimulación de la inversión, tanto nacional como extranjera, para impulsar la creación de empleo, erradicar la pobreza, apoyar el crecimiento de la clase media y, por último, para avanzar el ingreso de Colombia a la OCDE en los próximos años.

Así las cosas, el conflicto interno armado representa un impedimento para la concreción de esa “nueva” Colombia. En efecto, el control político y militar de las insurgencias sobre zonas económicamente estratégicas del territorio nacional, es valorado por Villegas como un “obstáculo al desarrollo acelerado del país”, puesto que dificulta la expansión del modelo de acumulación extractivista-exportador hacia aquellas regiones que hacen

² Center for Strategic and International Studies (2013): “Colombia: Peace and Stability in the Post-Conflict Era”, Presentación de Luis Carlos Villegas, <http://csis.org/multimedia/video-colombia-peace-and-stability-post-conflict-era>



En 1984, se reúnen la dirección del Movimiento 19 de Abril, M-19, y el Secretariado Nacional del Estado Mayor Central de las FARC-EP en búsqueda de caminos para la unidad guerrillera, paso inicial a la conformación de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB) en 1987.

parte de la geografía de la guerra. Por ello, la decisión de negociar con las guerrillas de las FARC-EP por parte del Gobierno de Santos no puede leerse como una decisión “aislada”. Todo lo contrario, ésta refleja una estrategia consciente y clara para extender las relaciones capitalistas en el territorio nacional.

Este plan de “pacificar” Colombia, dinamizado recientemente a través de las negociaciones en La Habana, representa el más reciente capítulo de una renovada y profundizada relación política, económica y militar entre los EE.UU. y Colombia que se estableció con la firma de Plan Colombia en 1999. Este acuerdo bilateral, permitió *inter alia* sentar las bases para la negociación y la consecuente implementación del Tratado de Libre Comercio en 2012, el cual facilitó un masivo flujo de la inversión extranjera directa de las empresas multinacionales norteamericanas en Colombia durante los últimos años, principalmente en los renglones

primarios de la minería, los hidrocarburos y la agroindustria.

En este orden de ideas, y desde la perspectiva del Gobierno nacional, las negociaciones en La Habana abrirían las puertas tanto para la consolidación de las zonas “recuperadas” durante los dos gobiernos de Uribe como para la expansión del control del Estado colombiano hacia nuevas zonas para la ampliación del “mercado doméstico”, en el cual el modelo extractivista-exportador se pueda reproducir³. Por esa razón, consideramos que no es suficiente analizar las elecciones presidenciales del próximo 15 de junio y el

³ Según un informe del Center for Strategic and International Studies, en el año 2000 el Estado colombiano tenía el control de sólo la tercera parte de la zona rural del país. Siete años después ese control se había expandido a casi el 90% del territorio nacional rural. [Meacham, Carl/Farah, Douglas/Lamb, Robert D. (2013). *Colombia: Peace and Stability in the Post-Conflict Era: A Report of the CSIS Americas Program*. Washington D.C: Center for Strategic and International Studies.]

impacto que sus resultados puedan tener en las negociaciones en La Habana desde una perspectiva reducida al escenario nacional.

Una mirada desde los hombros de Poulantzas

Desde una perspectiva histórico-materialista-crítica, tanto las elecciones presidenciales como los diálogos de paz en La Habana deberían ser analizados en relación con los procesos de extensión y profundización de las relaciones capitalistas de producción a nivel global. Es decir, requieren ser estudiados a partir del reconocimiento de que son procesos que tienen tanto un carácter nacional como internacional. En este sentido, una valoración meramente desde lo “interno” o lo “nacional”, como es la que ha venido hegemonizando el análisis político que acompaña el escenario de la segunda vuelta, resulta a todas luces insuficiente para comprender las negociaciones y el proceso de paz.

Según el planteamiento teórico de Poulantzas, “hay que romper, de una vez por todas, con una concepción mecánica y casi topológica (si no “geográfica”) de las relaciones entre *factores internos* y *factores externos*. No existen [...] los factores externos que actúan puramente desde el “exterior” y, por el otro, factores internos “aislados” en su “espacio” propio. [...] Plantear la supremacía de los factores internos significa que las coordenadas “exteriores” [...] no gravitan sobre esos países más que por su interiorización. [...] Hablar en este sentido de factores internos, es reencontrar el verdadero papel que desempeña el imperialismo –desarrollo desigual– en la evolución de diversas formaciones sociales”⁴.

Este entendimiento parte de reconocer que aunque el capitalismo tiene un carácter “transnacional”, su reproducción se organiza principalmente a través de los estados nacionales. Así las cosas, lo “nacional” y lo “internacional” forman parte de una misma totalidad –unificada y unitaria–, la cual aunque contradictoria y conflictiva, en última instancia siempre busca facilitar la expansión de las relaciones capitalistas y de acumulación de capital alrededor del planeta. Y es precisamente el reconocimiento de esta situación, la que permite entender que los estados nacionales con sus políticas concretas no son independientes y autónomos, sino que participan activamente en las dinámicas de la reproducción ampliada del capitalismo global.

Los estados nacionales, independientemente de su posición en la división territorial del trabajo, esto es, de su integración específica en los procesos globales de la reproducción del capital, tienen como propósito

⁴ Poulantzas, Nicos (1976). *Las crisis de las dictaduras: Portugal, Grecia, España*. Madrid: Siglo XXI, pp. 24-25.



Comandantes de las FARC-EP, ELN y EPL integrantes de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar.

principal asumir el papel de organizar y crear las condiciones para que la relación social capitalista asuma un carácter predominante y estructurante en los espacios domésticos. De ahí que resulte analíticamente estratégico valorar el tipo de relaciones y mediaciones que se establecen entre las burguesías nacionales e internacionales.

Según Poulantzas, la oligarquía en los países de la periferia se constituye de “grandes terratenientes, [...] aliados a una alta burguesía típicamente compradora con débil asiento económico propio en el país [...] que funciona principalmente como intermediario comercial y financiero para la penetración del capital imperialista extranjero”⁵. Por lo tanto, más que apuntalar un proyecto capitalista orientado al fortalecimiento de los mercados internos, lo que buscan es generar ensamblajes con los capitales transnacionales, los cuales bajo las actuales modalidades de acumulación del capital asumen un carácter protagónico en la ampliación de espacios de acumulación en los mercados internos.

Recordemos, como lo sugiere Poulantzas, que la característica principal del imperialismo en su fase contemporánea es la exportación de capital de los países del centro hacia los países periféricos, dependientes, dominados y explotados. Esa exportación de capital consiste principalmente en la inversión extranjera directa, la cual es solamente comprensible en correspondencia con las relaciones de producción y la división social del trabajo a nivel mundial. La función tradicional de la exportación de capital es la de garantizar el control de las materias primas que son estratégicas para la reproducción del aparato de producción de las economías centrales. Así las cosas, las apuestas del “desarrollo” económico de los países periféricos deben ser analizadas a la luz de los nuevos tipos de ensamblajes que se

⁵ Ibid., p. 13.

realizan con los capitales trasnacionales. Y es precisamente, a la luz de estos elementos que debemos analizar la expansión y consolidación del modelo de acumulación reprimarizador en Colombia y, en consonancia, el lugar que ocupan en este proceso tanto las elecciones como los diálogos de paz que se desarrollan en La Habana.

La consolidación del modelo de acumulación

Un balance general del Gobierno de Santos pone en evidencia importantes líneas de continuidad en términos de reproducción del modelo de acumulación dinamizado bajo la presidencia de Uribe. En efecto, es posible señalar que las políticas económicas que fueron implementadas durante los dos gobiernos de Uribe fueron avaladas, extendidas y profundizadas por el Gobierno de Santos. Entre otras destacamos: la constitución de los tratados de libre comercio y bloques comerciales, como la Alianza del Pacífico, los cuales han radicalizado los procesos de apertura económica; la consolidación de una política tributaria que facilita la concentración de riqueza a costo de la clase trabajadora; la ampliación de las concesiones para la extracción de minerales e hidrocarburos⁶; un incremento sostenido de la apertura a la inversión extranjera directa en el país,

⁶ Alzando en 2012 la alarmante cifra de 22 262 646 hectáreas para minería, de las cuales 17 millones se concentran en los departamentos Amazonas, Guainía, Guaviare, Vaupés, Vichada y Chocó. Consultar la Resolución 045 de 2012 de la Agencia Nacional de Minería por la cual se declaran y delimitan unas áreas estratégicas mineras: <http://www.simco.gov.co/LinkClick.aspx?fileticket=eRVvd93yMXI%3D&tabid=106>.





Este intento no prosperó y, finalmente, la Coordinadora se dividió. El M-19 acabó firmando la paz, y las FARC y el ELN actuaron completamente separados.

situación que ha radicalizado los niveles de transnacionalización de la economía nacional y de sometimiento a los Estados Unidos, y la acentuación del papel protagónico del Gobierno nacional para impulsar y financiar los megaproyectos infraestructurales.

Tenemos entonces un modelo de acumulación que ha acentuado su incorporación a las dinámicas del capitalismo global y que, en consecuencia, conduce a que la valoración de los procesos económicos y políticos nacionales pase por estos ensamblajes con los capitales internacionales que hemos recreado.

Los elementos presentados nos permiten sostener que los debates que se han generado en torno a la falsa dicotomía entre la paz de Santos y la guerra de Zuluaga no posibilitan valorar en un sentido amplio el proceso de la creciente integración de Colombia en un sistema transnacional-imperialista. Pues, si bien hemos afirmado que el Estado colombiano encuentra en estas la manera de superar los obstáculos que plantea el conflicto armado para expandir el modelo de acumulación, ello no implica que la guerrilla de las FARC-EP no esté liderando acuerdos, que aunque no logren poner en cuestión el modelo de acumulación, si logra abrir escenarios alternativos para que tanto los horizontes de su lucha histórica, como algunas apuestas del movimiento popular colombiano, encuentren un contexto mucho más favorable para su realización. Por lo tanto, el proceso debe leerse en su carácter dialéctico, desde una correlación de fuerzas entre dos actores antagónicos, y del cual se espera desde la perspectiva de las clases subordinadas sentar unas bases que permitan transitar hacia una Colombia verdaderamente distinta.